

**TRÁNSITOS HACIA UNA ANTROPOLOGÍA
FEMINISTA: ENTREVISTA A ADRIANA PISCITELLI**

MARTA CABRERA

Pontificia Universidad Javeriana, Colombia

FERNANDO RAMÍREZ ARCOS

Universidade Estadual de Campinas, Brasil

Aprovechando su visita a Bogotá, tuvimos la oportunidad de entrevistar a la antropóloga argentina Adriana Piscitelli, quien se presentaba en el Seminario Internacional Género y Cuidado: teorías, escenarios y políticas, evento realizado entre los días 26 y 28 de agosto del 2015. Con ella abordamos temas como su llegada a Brasil, donde aún vive, su acercamiento a la antropología feminista, su cercanía al antropólogo y escritor argentino Néstor Perlongher y sobre su más reciente libro *Tránsitos. Brasileiras nos mercados transnacionais do sexo* (2013).

Precisamente, en su libro hay un marcado interés por abordar temas de connotada envergadura política como lo son el mercado y el trabajo sexual desde una apuesta etnográfica y crítica. En la actualidad, atestigüamos fuertes polémicas en torno a quienes laboran en la prostitución, entre tendencias que se consideran abolicionistas, es decir, que buscan su eliminación total, y quienes apelan a su reconocimiento como un trabajo más. Ambas propuestas han cooptado de tal manera los espacios de discusión al respecto, que se ha vuelto tarea difícil encontrar nuevos ángulos analíticos que incluso debatan sobre las definiciones de aquello sobre lo que se discute: ¿hablamos de prostitución, de trabajo sexual, de trata de personas?, ¿son términos intercambiables?, ¿qué sucede con las múltiples voces de quienes se sitúan en el marco de esos intercambios económicos y eróticos, donde también intervienen afectos, lazos de solidaridad e incluso de parentesco? La autora nos proporciona un horizonte analítico distinto sobre este tema, dirigido a un público que está más allá de la academia y con la intención de promover debates políticos abiertos y ecuanímenes, que además cuestionan el quehacer antropológico.

Adriana Piscitelli es antropóloga con doctorado en ciencias sociales en la Universidade Estadual de Campinas (Unicamp, Brasil), hizo parte del grupo fundador de Pagu (Núcleo de Estudos de Gênero de Unicamp), al cual aún pertenece, y entre sus intereses investigativos se encuentran los estudios de género, la memoria, el parentesco, el turismo sexual, la prostitución y la migración, entre otros.

FERNANDO RAMÍREZ: En esta entrevista te proponemos conversar sobre tres ejes temáticos. Primero que todo, queremos preguntarte sobre tu trayectoria como antropóloga, en especial, como antropóloga feminista. El segundo eje temático se enfoca en los resultados de tus investigaciones consignados en tu libro *Tránsitos. Brasileiras nos mercados transnacionais*

do sexo, lanzado en 2013 por la editorial EDUERJ. Por último, queremos que nos comentes sobre la colectiva de antropólogas feministas, en la cual has tenido oportunidad de participar en algunas reuniones.

Así pues, la primera pregunta que te tenemos es si podrías comentarnos cómo llegaste al feminismo y qué te ha aportado a tu trayectoria como antropóloga.

ADRIANA PISCITELLI: Bueno, yo estudié antropología en Buenos Aires en 1973, en un momento muy conturbado políticamente porque salíamos de una dictadura militar y entrábamos a un gobierno peronista. Después tuvimos otra dictadura militar y eso provocó que quienes estudiábamos en la universidad tuviéramos restricciones, porque nos cambiaron los programas para que no tuviéramos contacto con la gente. Entonces, se eliminó la etnografía. Cuando acabé la universidad, una antropóloga argentina que venía de Estados Unidos, de la Escuela de Chicago, muy empirista, montó en un centro privado de Buenos Aires un grupo de estudios para formar jóvenes antropólogos que duró dos años.

Tuve la suerte de ser una de las elegidas [para este grupo], en donde quisimos trabajar con una compañera en temas que tuvieran que ver con las mujeres —algo que no me seducía en la época ni ahora—, particularmente, la maternidad en sectores populares. Era un seminario de entrenamiento en el que teníamos que presentar el proyecto destruyéndolo, aprendiendo a hacer entrevistas, ya que nada de eso habíamos visto en la universidad debido al contexto político. Entonces, teníamos que hacer el diseño de la entrevista y después llevarla transcrita. Y ahí esta mujer acababa con nosotros: “¡Pero qué tonta, preguntaste donde no debías!”, y no sé cuánto, pero aprendimos. Fue extraordinario durante dos años, fui dándome cuenta de que precisaba recursos teóricos para [abordar las] relaciones de poder en ese momento, y ahí fue que me aproximé a la antropología feminista.

En Estados Unidos ya se habían publicado los primeros libros al respecto, y fue después de esto que en Argentina, en el periodo de la dictadura, también se empezaron a desarticular los grupos activistas feministas. Pero fue más o menos en esta fase, con mis intereses teóricos, que me aproximé a los grupos feministas en Buenos Aires. Pasé a participar de una agrupación que existe todavía, muy simpática, que era trotskista feminista, y fue extraordinario porque ellas eran trotskistas y tenían trabajo en sectores populares. Así pues, mujeres de la periferia,

obreras, venían al centro de Buenos Aires y se juntaban; asimismo, teníamos los grupos de autoconciencia, como aquellos de los que hablan los libros. Nosotras éramos chicas de clase media, universitarias, que habíamos tenido muy poco contacto con todo esto y que ahora discutíamos sobre sexualidad. Fue una época extraordinaria, fabulosa, de aproximación no solo a las teorías feministas, sino a la vivencia y a las primeras relaciones con el activismo.

Hay cosas que son muy frustrantes. Yo me acuerdo que la primera campaña en la que participé era a favor del aborto. Antes de ir a Brasil, yo tenía más de treinta años y la colectiva de antropólogas feministas¹, que funciona en Argentina y en la cual estuve hace más de dos años, tenía las mismas campañas que treinta años atrás. Eso es frustrante. Yo encantada de ver que ellas, que fueron casi todas dirigidas por una compañera mía de la universidad, forman esta colectiva, que crecieron y están en diferentes ámbitos: gobierno, educación y algunas otras en la academia. Entonces ha sido un gran orgullo ver cómo las generaciones van tomando la bandera, pero con una inmensa frustración de que “no cambia nada”.

MARTA CABRERA: Los mismos temas.

A.P.: Los mismos temas. Bueno, pero así empezó la aproximación con el feminismo, del que nunca más me separé, y después de unos años, dos o tres que viví en Buenos Aires, luego de acabar la carrera, pensaba que tenía que trabajar, ir al mundo de la acción. Así trabajé en instituciones diferentes, proyectos con escuelas de periferias, educación. Trabajé durante un año en un hospital al que llegaba gente con problemas de drogas y de alcoholismo, y me impresionaban mucho las mujeres que, en realidad, venían por pastillas, pero no como las que se toman ahora. Eran anfetaminas para adelgazar o cosas que las tuvieran muy despiertas porque tenían que trabajar muchas horas, por lo que se convertían en adictas. Era una problemática tan diferenciada, en ese momento, de la de los hombres. Ahí fui dándome cuenta que las cosas se presentaban muy interesantes pero que era necesario estudiar más, y en Argentina en ese momento no

1 La Colectiva de Antropólogas Feministas hace parte del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género, de la Universidad de Buenos Aires. Es una asociación de carácter activista y académico con reflexiones sobre género y sexualidades desde la antropología. Su página web oficial es: <http://www.feministasantropo.com.ar>

había posgrado. Recién ese último año que me quedé se estaba formando el de Flasco y yo tenía la ilusión de ir a un país latinoamericano, porque creía que era posible hacer antropología latinoamericana. Y bueno, los dos países eran México y Brasil, así que fui primero a este último de visita, a ver los programas. El que más me gustó fue el de Campinas, fue al que me presenté primero, me admitieron, fui a pasar un año y todavía estoy allí. Cuando llegué a Campinas en 1984 había un colectivo super potente. Pero antes de tomar la decisión de irme a Brasil, que al principio era por solo un año, tuvimos un grupo extraordinario en donde nos reunimos todos para crear una revista de antropología. Ninguno de nosotros tenía trabajo como antropólogo, así que trabajábamos en cualquier cosa y entre todos alquilamos una salita e hicimos un logo con el nombre de *La Manivela*. Reuníamos a la gente que iba a publicar sus artículos, así que venían y daban seminarios, pero la verdad es que la revista nunca salió. Estuvimos en esto como tres años y todo el mundo circulaba por *La Manivela* y teníamos agenda para ver quién iba a presentar qué seminario, incluso viniendo de otras provincias. Ahora lo pienso como un trabajo de resistencia cultural, un mecanismo de sobrevivencia en medio de la dictadura.

Justo hace poco hubo un gran seminario en Buenos Aires, y me mandaron unas fotos que estaban perdidas de esa época, todos nosotros jovencitos, y es que haber mantenido eso es tomado como una de las acciones de resistencia del periodo. Claro, la revista nunca salió, yo me quedé con ella en la mente, después fue *Cadernos Pagu*, pero esto tenía otro objetivo. Entonces fue difícil salir de Buenos Aires en ese momento, porque estaba en medio de muchas redes, de gente que hizo cosas extraordinarias, que es un poco lo que pasa en esos momentos malditos, ¿no? Yo creo que estimulan la creatividad, la creación de redes, la solidaridad de la gente y, de verdad, esas personas han estado por el mundo haciendo cosas que valieron mucho la pena. Bueno, me voy a Campinas y allí había un colectivo feminista muy bueno, así que me integré a él. [Aunque] se disolvió unos tres años después, en él conocí gente estupenda como Mariza Corrêa, quien fue mi orientadora en Unicamp y es una figura extraordinaria de la antropología brasileña, con su trabajo de maestría sobre crímenes de honor que fue la base para mucho del trabajo que se hizo sobre violencia contra la mujer en Brasil.

Eso sí, los últimos años han sido una fiesta para mí. En los últimos ocho o diez años he visto cómo las chicas jóvenes rearticulaban los colectivos, algo que parecía disuelto. Entonces, ver cosas como, por ejemplo, una de mis nenas (yo las llamo mis nenas, que son muchas), participó de la organización del de prostitutas de Campinas, le dio insumos para que tuvieran un estatuto, funcionaran como asociación, tuvieran elementos para pelear con los dueños de los hoteles, por el derecho a quedarse, a seguirlos usando. Ella después se convirtió en una de las articuladoras de la Marcha das Vaías.

M.C.: La Marcha de las Putas se llama en Colombia.

A.P.: Eso es, dependiendo de la ciudad es muy diferente, porque son colectivos autónomos descentralizados, pero en Campinas son articuladas con las prostitutas y este asunto de “Ni putas ni santas” no existe. Pero esto tiene que ver con la nueva generación de chicas jovencitas que han pasado a reavivar todo este activismo feminista, super interesante, que está articulado con todo lo que tiene que ver con diversidad y con trans, pues en el momento en el que yo militaba todo estaba separado y muy incipiente. A partir de mi llegada a Campinas me acerqué más al feminismo en términos académicos. Tuve la suerte coyuntural de que pudimos crear Pagu junto con quien era mi tutora, Mariza Corrêa, además de otros profesores y alumnas. Ahí fui contratada, la primera contratación del núcleo de estudios, como investigadora y, bueno, de haber acompañado el crecimiento del núcleo, y a partir de ahí hacer lo que podía como feminista.

F.R.: ¿Al mismo tiempo que empiezas a ser parte de la colectiva de antropólogas feministas en Argentina?

A.P.: En realidad, yo no hago parte de la colectiva de antropólogas feministas. La colectiva es argentina y soy muy próxima a ellas, tanto a la mamá de las chicas de la colectiva como a varias de ellas, porque he dado cursos en Buenos Aires y he acompañado el trabajo de algunas. Somos muy próximas, pero no hago parte de ellas.

A mí me han preguntado por qué no formo una colectiva. Bueno, hay un grupo de antropología feminista en Brasil, de Anna Paula Vencato, pero es mucho más diseminado. En lugar de concentrarse como estas chicas que están en Buenos Aires, en Brasil es una gran red, en la que mucha de esta gente ha pasado por Unicamp de alguna manera. O estudiaron allá o hicieron algo o nos articulamos en alguna actividad, entonces la estrategia de las chicas de la colectiva es de aglutinación, mientras que

lo nuestro es más de capilarización. Probablemente, tiene que ver con el tamaño de Brasil y en el caso específico de Campinas que no es centro, así que esto sería más fácil montarlo en São Paulo.

F.R.: Yo creo que las apuestas feministas en la academia a veces no son fáciles. Incluso en las ciencias sociales, en la antropología, incluir temas de feminismo a veces no es tan sencillo. Puede haber prejuicios frente a las personas que lo hacen o frente a cierto tipo de temas. Ahora bien, ¿cuáles consideras que han sido los aportes más relevantes del feminismo a la antropología en Brasil, o por lo menos a la disciplina en Unicamp?

A.P.: Para empezar, yo creo que en Brasil la historia ha sido un poco diferente. Yo no siento que haya habido resistencia a la inclusión de temas de feminismo, para nada. Antes de llegar a Unicamp hubo una semana de la mujer en 1976 o 1977, que tenía una fuerte presencia de antropólogas como Mariza Corrêa y Verena Stolcke, quien es una antropóloga muy conocida, y respetada que trabaja en España, y que fue una de las fundadoras del Departamento de Antropología de Unicamp. Entonces, en la Universidad esto empezaba muy bien, ya que cuando se montan los comités de antropología de las grandes agencias financiadoras brasileñas, esta gente estaba presente, así que nunca he oído de rechazo de proyectos por temas sobre mujeres, feminismo o lo que después pasó a ser género. Si empiezas a mirar, la producción entonces es fuertísima, porque ya en la década del ochenta tienes trabajos como los de Néstor Perlongher, quien no era propiamente una feminista, pero que dialogaba y participaba en todas nuestras reuniones originales de fundación de Pagu.

Lo que el feminismo trajo a la antropología en Brasil es lo mismo que llevó a otros lugares, que es mirar el género como categoría política y la cuestión de las interseccionalidades, que después se puso de moda. Por ejemplo, el propio Néstor, cuando habla de los tensores libidinales, coloca la raza como uno de ellos. Entonces, con otro lenguaje, con otro vocabulario, todo eso lo ves ahí, y tiene que ver no solo con la producción feminista, sino con los estudios de homosexuales, todo esto junto, presionando sobre la cuestión antropológica. Yo creo que pensar el género, que tenía otro nombre, como categoría política, es el principal aporte, y en segundo lugar, las interseccionalidades.

Después hubo también en Brasil dinero de afuera, de la Fundación Ford, con sus intereses propios, estimulando la investigación en mujeres, en feminismos, después en género, en masculinidades, lo que generó mucho

rigor en las investigaciones, no solamente antropológicas. Yo participé de aquellos concursos, como alumna y como joven investigadora, y eran de primerísima línea, traían gente de todo el mundo para supervisar los trabajos. Entonces es así, es una mezcla entre cierta legitimidad en torno a los antropólogos en las propias agencias financiadoras, pero después también muy apoyadas por el dinero de afuera, que tenía sus intereses propios, pero que tuvo efectos muy positivos. Cuando la Fundación Ford sale de Brasil, este dinero pasa al Centro Latino-Americano em Sexualidade e Direitos Humanos (CLAM), que en un año hace seminarios en todo Brasil, algunos más activistas, aunque el más académico lo hizo en Pagu, en Campinas. No te puedo explicar la fuerza que esto dio a la legitimidad de la antropología y a su diseminación. En realidad, Brasil ha sido muy privilegiado.

M.C.: Brasil es un caso particular, muy distinto a Colombia. Aquí, estos temas se ven todavía como secundarios, como que hay otros temas que se consideran más importantes y en donde no tienen cabida los de género, o hay muchas limitaciones para tratarlos.

F.R.: Eso se nota en Brasil en la cantidad de eventos donde se trata temas de género y sexualidad, en cambio en Colombia aún es un poco difícil, aunque nuestra intención con Fronteras es fortalecer el intercambio y la circulación del conocimiento de quienes trabajamos en ellos.

M.C.: Precisamente, en el marco de Fronteras en 2015 surgió la pregunta sobre cómo pensar la cuestión de la interseccionalidad en Colombia. Una de nuestras invitadas, Mara Viveros, respondió que esta cuestión se ha ido incorporando a las políticas públicas, pero a pesar de sus buenas intenciones, su significado se ha ido vaciando, como si ahora hiciera parte de lo políticamente correcto.

A.P.: Pero eso ha pasado también con la categoría de género. Por ejemplo, tenemos una secretaría de políticas especiales para las mujeres y ellas elaboran planes de trabajo bianuales. Vi que en su plan de 2012 ya se incorpora la cuestión de la perspectiva interseccional, y encontré que, en medio de estas políticas transversales, está presente la perspectiva interseccional, trabajando con las ideas de Kimberlé Crenshaw, en especial, para temas de raza y del lesbianismo. Ahora bien, de verdad es como si vaciaran de sentido el concepto, pero me pregunto, ¿qué hacemos nosotros con eso? ¿Será que abandonamos los conceptos porque ellos los están usando? O

al revés, ¿marcamos la diferencia entre cómo nosotros usamos los conceptos, qué contenido analítico tienen?

Creo que lo que hay que hacer es insistir en cómo las perspectivas son diferentes y la manera en que nosotros trabajamos las interseccionales no tienen nada que ver con cómo está siendo usado en políticas públicas en Brasil, que es exactamente lo contrario. Es pensar en la superposición de desigualdades sobre algunas características, cuando lo relevante en antropología es hacer análisis tipo Anne McClintock, mostrando cómo todo se articula y cómo se diferencia lo que no es necesariamente desigualdad. Yo creo que eso hay que mantenerlo y pelearlo. Hablen, digan lo que quieran, pónganle lo que quieran, pero no puedo estar cambiando los conceptos todo el tiempo. No voy a abandonar la categoría de género porque la hayan vaciado de sentido y la use Naciones Unidas para cualquier cosa.

M.C.: Sí, hay que seguir peleando más bien por complejizar.

A.P.: Yo no me caso con conceptos ni con nombres. Si me presentas algo que me describe mejor lo que estoy viendo, cambiamos. Pero no abandonarlo por esto. No, este no es un motivo.

F.R.: En mi opinión, tu trabajo en los últimos años nos exhibe esto que comentas de la interseccionalidad y los diferentes vínculos que pueden crearse entre categorías o marcadores diferenciadores como género, nacionalidad y sexualidad. Así pues, ¿nos puedes comentar cuáles son las premisas fundamentales que tratas en tu libro *Tránsitos*?

A.P.: Es una pregunta tan difícil... ¿cuáles son las premisas fundamentales de mi libro? (risas). Estoy pensando para tratar de hacerlo sintético... Yo creo que el libro tiene tres cuestiones que son importantes, y que para el momento en que todo esto fue hecho, fueron muy avanzadas. La primera es la cuestión de trabajar con una idea amplia de mercados del sexo que provocó mucho rechazo. Ahora yo estoy hablando más de economías sexuales, para decir exactamente lo mismo, pero porque a mucha gente le cuesta escuchar “mercado” y no consigue entender que estoy pensándolo en el sentido de Bourdieu, como intercambios amplios de capital simbólico y material, que no se restringe a la economía de mercado. Es pensar en sentido amplio en los intercambios sexuales y económicos, pensar cómo son estructurantes en algunos lugares que, como Brasil, han tenido relaciones coloniales y de esclavitud. En el caso de Brasil, racializadas en términos de la negritud, y en Argentina, en los de la esclavitud

de los indígenas. Cómo en estos lugares coloniales esa interpenetración entre economía y sexualidad es tan íntima y se ve de manera tan clara en situaciones de precariedad. Por esa razón, prestar atención apenas a la prostitución en cualquier modalidad es extremadamente restrictivo, porque hace parte de un universo mucho más amplio de intercambios. Yo creo que este es uno de los puntos fuertes del libro y que viene del trabajo empírico, que no he visto hacer en otro lugar. Mucha gente que trabaja en África piensa en sexo transaccional, pero ellos trabajan con ese concepto y no con prostitución. Es como si fueran cosas separadas y en realidad no lo son, por lo menos no en el universo de Brasil. Yo a veces me pregunto si en otros universos pasa. La gente está mirando con unos anteojos que no permiten entender que todo esto hace parte de cosas que son mucho más amplias de intercambios, y que son de veras estructurantes. Cuando empiezas a escuchar lo que la gente dice, lo vas viendo en un montón de lugares. Por ejemplo, Guilherme Passamani trabajó con homosexuales en lugares perdidos en Mato Grosso y empezó a prestar atención y a darse cuenta que estas relaciones que yo llamo de ayuda, que son las que más se parecen al sexo transaccional, eran una cosa fuertísima entre estos hombres homosexuales y compañeros o parejas ocasionales de jovencitos, pero que nunca había sido tratado como tal. Natália Corazza tiene una tesis espectacular sobre prisiones femeninas en São Paulo, en donde muchas de las presas son extranjeras por tráfico de drogas, y en Barcelona, con todas la presas brasileñas que había allá, y se dio cuenta de cómo la cuestión de los intercambios sexuales y afectivos era fundamental en la vida en la prisión, de un lado y del otro. Ella no estaba trabajando con prostitución, pero notó cómo toda la cuestión afectiva tanto heterosexual como homosexual no solo ayudaba a la sobrevivencia, sino al crecimiento emocional y hasta profesional de las mujeres que estaban presas. ¿Y cómo pasaba esto? Por estos intercambios que eran más pensados como favores sexuales.

La segunda contribución de mi libro es mostrar cómo las economías sexuales se reconfiguran en los procesos de transnacionalización. Estas reconfiguraciones son muy importantes porque, por un lado, abren una serie de posibilidades para algunos grupos de personas, y por otro, porque en contextos migratorios la precarización se siente de manera mucho más fuerte. Incluso, para gente que ha sido clase media en el país de origen, pero en el contexto migratorio, como migrante, está más fragilizada.

El tercer punto es todo lo que tiene que ver con el enfrentamiento a la trata, con todas las disposiciones supranacionales, y cómo estas afectan las políticas nacionales. Ahora acabamos de cerrar un proyecto en Pagu que fue muy bonito porque hicimos el camino contrario, que fue ir a lugares “remotos” en la Amazonia, para ver cómo se había diseminado el lenguaje sobre la trata de personas y el enfrentamiento, y fue fabuloso porque tú tienes toda esta cosa supranacional, transnacional, nacional, mientras que en localidades como estas se ven caminos completamente autónomos. Vino por allá, pero es fagocitado y metabolizado, de acuerdo con intereses y cuestiones políticas enteramente locales. Es una categoría perversa que siempre hace mal, pero es imposible predecir la manera en que va a hacer mal, a partir de todas estas articulaciones. Este trabajo es muy bonito y va a ser publicado; somos varios en él, pero viene del trabajo hecho con *Tránsitos*, que posibilitó ver cómo estas articulaciones siguen caminos diferentes, cómo son malditas y van andando. Yo creo que esos son los tres principales puntos o contribuciones de mi libro.

F.R.: Hay algo que me llamó mucho la atención de tu libro y es que critica y no da por hecho nociones sobre las que pareciera que hay un consenso muy fuerte y cerrado, como turismo sexual y trata de personas tan fuerte que parece no permitir otros puntos de vista. En Colombia ha empezado a tener cierta fuerza, de pronto no tanto como en Argentina, la idea de la abolición de la prostitución, de hacer todo lo posible por prohibirla, con el ejemplo de Suecia como un modelo exitoso a nivel global. En realidad, las guerras sexuales de Norteamérica y Europa de los años setenta y ochenta del siglo xx se han actualizado en estas prácticas abolicionistas porque muchas de las feministas antipornografía y antiprostitución se encuentran ahora en altos puestos del gobierno, con mucho poder de incidencia en las políticas nacionales, que a la vez tienen fuertes repercusiones globales.

A.P.: Bueno, yo creo que es una política siniestra. Esta cuestión de los suecos, que es un prohibicionismo en realidad, de perseguir a los clientes, lo que ha hecho es llevar a la prostitución en Suecia a la clandestinidad. No quiere decir que no existe, quiere decir que la gente está infinitamente más desprotegida y que incluso hay encuentros en barcos en medio del río. Si la comparas con una situación como la de Holanda, que no es perfecta, pero donde una prostituta con papeles está en su casita de vidrio y viene un cliente a molestarla, puede apretar el botón rojo y viene la policía en

un instante. Entonces, es gente que está protegida, que tiene derechos, es tan obvio, es tan evidente...

En 2014, Mariela Castro, la hija del actual presidente de Cuba, hizo un seminario en Santiago de Cuba al cual me invitaron, y allí fue una delegación de Suecia. Estaba el profesor que había ideado esta ley, estaba la mujer que la hizo aprobar en el parlamento sueco, había un policía hombre y otra mujer que son los que convencen a las prostitutas y había una exprostituta arrepentida, que eso es lo peor. Porque ella, joven, bonita, del este europeo, hablaba con fuerza... ¿Tú como académico qué puedes decir contra la experiencia? No puedes decir nada. Pero era una cosa montada, de una violencia impresionante. No entendía para qué me habían invitado, las voces disidentes eran la mía y la de un dominicano negro que trabajaba con trabajadoras sexuales de calle con drogas. Al principio yo levantaba la mano en cada ponencia, pero después desistí porque era inútil, eran cuarenta contra dos. Yo creo que es una lógica tan simple para entender, que llevar una actividad a la clandestinidad solo puede fragilizar, o usar esta palabra que a ellos les encanta, vulnerabilizar, a las personas no importa en qué actividad se trate. Mucho más en esto que está estigmatizado.

Lo que es más intrigante para mí son las articulaciones que se hacen en torno de las abolicionistas. En Buenos Aires esto es fuertísimo, siempre lo fue, por lo que no es raro entender por qué algunas feministas extremadamente moralistas quieren ir contra esto. Lo que es más raro de entender es por qué, si tienes tantos grupos de izquierda y progresistas para una serie de cosas, no hay articulaciones de oposición. En Brasil, que nunca tuvo una marca abolicionista, había una aproximación seria entre prostitutas y feministas en los años ochenta que después fue diluyéndose un poco, en la medida en que las feministas fueron articulándose en estas redes transnacionales, también feministas, que no siempre levantan banderas positivas para todos los temas. Pero ahora, el gobierno, supuestamente más neutro, llama a algunos grupos feministas para reuniones de debate y a otros no, entonces, al privilegiar a algunos grupos que están articulados con estas redes él queda como neutro, pero lo que predomina son cuestiones abolicionistas.

Así como hay un florecimiento de jóvenes feministas, también hay abolicionistas. En 2013, en el Seminário Internacional Fazendo Gênero, nos encontramos con el edificio bloqueado y con carteles de unas chicas que

se dieron cita para boicotear el grupo diciendo: “Lo que ustedes llaman de elecciones de vida, nosotras llamamos de terrorismo heteropatriarcal”. O sea, esto también se está diseminando en Brasil.

El gobierno está empeñado en la lucha contra la trata y las modificaciones en las leyes que han sido siniestras. Cada vez que se cambian las leyes es para peor, aunque las hubo muy interesantes en Brasil como las del Senado, que definían explotación sexual como prostitución forzada, pero ahora, toda prostitución en Brasil es explotación. Como no es definida, la policía dice: “¿Y por qué es explotación sexual?”, “Ah, porque le ha cobrado un porcentaje”, bueno, pero mi manicura deja el 60 % en el salón y no es explotación sexual (risas). Bueno, han cambiado las leyes y cada cambio es un desastre. Así, tenemos una cosa de abolicionismo a nivel mundial que es pernicioso. Ni siquiera pienso en los derechos sexuales de los clientes, sino en las prostitutas como trabajadoras y en lo que significa todo esto para la seguridad de alguien que trabaja.

F.R.: En tu libro trabajas la etnografía como multisituada y comparativa, y le das un espacio central en tus investigaciones. ¿A qué retos metodológicos te enfrentaste al elaborar esa etnografía en Brasil, España e Italia, y cómo se traduce esta a lo escrito?

A.P.: No fue fácil la parte de escribir, pero aquí no hay ningún mérito mío. Creo que George Marcus sugiere el camino con mucha claridad cuando te dice que sigas a las personas. Yo nunca me planteé hacer una etnografía multisituada, lo que pasa es que las chicas que yo estaba trabajando se iban para Italia, así que yo las acompañé, fue así de simple. Es imposible una comparación entre contextos y más aún todos esos diferentes, pero si tú sigues las experiencias de las personas en esos tránsitos, puedes establecer relaciones entre los diferentes contextos. Cuando paré de torturarme, de pensar metodológicamente, y consideré de verdad lo que les había pasado a ellas y por qué caminos empíricos yo había llegado, por ejemplo a España, todo hizo sentido y dejó de ser un problema y un desafío, para pasar a ver qué relaciones se iban estableciendo entre una cosa y la otra. Eran brasileñas afectadas por una serie de cuestiones, incluso políticas, que estaban recreando todo un bagaje cultural, *habitus* afectivos y sexuales en diferentes escenarios. Con eso fui resolviendo los problemas metodológicos. No es posible hacer una comparación entre contextos, no de esta manera, pero sí es posible establecer relaciones entre ellos. Y si las relaciones están calcadas en las experiencias de las

personas, no hay error. Si ellas lo vivieron es porque era posible, porque tenían conexiones.

F.R.: Considero que es un reto traducir lo etnográfico a lo escrito, porque en una etnografía se obtiene muchísima información, por lo que hay que elegir y privilegiar unos caminos metodológicos y teóricos, cuál información se incluye y cuál no. Siempre es un reto porque hay cuestiones no solamente de datos, sino también de vivencias, de sensaciones, de afectos que se tienen como investigador o investigadora frente a las personas con las que se está hablando, que no necesariamente aparecen en el lenguaje escrito.

A.P.: En realidad, escribir *Tránsitos* fue muy fácil. Lo que fue más difícil fue sintetizar, porque son trabajos de campo muy largos y con muchísimas experiencias. Por ejemplo, ahora voy a retomar la escritura solo del trabajo que realicé en la ciudad de Fortaleza (Brasil), en donde voy a poder poner todo lo que quiero, pero *Tránsitos* pensé que tenía que salir rápido por una cuestión política y en un lenguaje muy fácil, que pudiera ser leído por todo el mundo. Esa fue mi premisa cuando lo escribí. En realidad, lo hice en veinte días, juntando, claro, textos que ya había escrito sobre cada investigación en particular, así que no fue difícil escribirlo porque tenía un objetivo muy claro. En cambio *Circuitos*, que es sobre Fortaleza, es mucho más penoso, porque ahí sí estoy tratando de volcar toda la experiencia de campo y hacer un trabajo teórico mucho más pesado. Pero esto no, yo quería que pudiera ser leído por toda la gente que trabaja en el combate a la trata de personas del Ministerio de Justicia, por las mujeres del núcleo de enfrentamiento, por los que estaban trabajando en la campaña de la fraternidad. *Tránsitos* fue esto, una decisión política.

F.R.: Para finalizar, y ya que lo nombraste previamente, ¿nos podrías comentar un poco más de tu relación con Néstor Perlongher en Campinas?

A.P.: Cuando llegué a Brasil, Néstor estaba por comenzar su trabajo de campo de la maestría. Él era famoso en Buenos Aires, pero yo no lo conocía, ya que hacía parte de otros circuitos completamente diferentes. Lo conocí cuando me presenté a Brasil a la maestría y mandé mis cosas, las cuales nunca llegaron porque el correo en Argentina era un desastre en aquella época, solo llegaron las cartas de recomendación. Entonces, la coordinadora del programa le dice a Néstor, que viajaba a Buenos Aires, que tenía que encontrarme para avisarme que el material no había llegado y que, por lo tanto, iba a perder mi inscripción. Néstor fue a Buenos Aires

y se quedó con su gran amiga, que era una militante feminista de aquel grupo trotskista y le preguntó: “¿Conoces a Adriana Piscitelli?”, ella dijo: “¡Sí! Hoy va a estar en la marcha”. Yo estaba con mi cartelito, cuando llega Néstor y me dice: “Te están buscando en Campinas, tu material no llegó”, y digo: “¿Tienes un teléfono para que llame?” Me dio el número, lo dejé, él se quedó con mi cartel y llamé a Campinas, hice copia de todo y fui. Más adelante, Néstor me recibe en São Paulo porque yo era amiga de esta gran amiga de él y él era el centro de la intelectualidad en la ciudad, no solamente de la cuestión homosexual, sino de literatura, por su poesía. Compartía una casa, extremadamente divertida, en la que había de todo y pasaba de todo, con una feminista extraordinaria llamada Teca, que es mi amiga hasta hoy. Yo había decidido alquilar un departamento en Campinas, así que la gente de São Paulo se podía quedar en mi casa y yo pasaba los fines de semana allá, en la casa de los otros. Néstor fue uno de mis huéspedes permanentes hasta que se murió. Entonces claro, acompañé su trabajo, y él acompañó el mío. En esa época yo ni soñaba con trabajar con prostitución, ya que mi maestría y mi doctorado fueron sobre género y parentesco. Todo el trabajo de él era extraordinariamente interesante y duro también, porque lo que él hizo no era fácil.

M.C.: Creo que necesitaríamos una entrevista solo para hablar sobre Néstor Perlongher.

A.P.: Yo lo fui descubriendo en todo sentido en Brasil, incluso su trabajo como poeta. Cuando Néstor murió él era respetado intelectualmente, pero era como una oveja negra del departamento. Yo era alumna, él era profesor. Cuando él se murió fue muy triste porque no vino nadie de la familia, solo Sarita, la amiga feminista. Yo creo que éramos diez personas, fue enterrado casi como indigente. Yo viajé a Buenos Aires al mes siguiente, iba por la calle Florida y veo la vitrina de una librería con toda la obra de Néstor de poesía. Eso fue muy bonito, él fue super revalorizado después.

M.C.: Sí, se está leyendo mucho ahora.

A.P.: Las nuevas generaciones... Cuando publicó era tomado como un trabajo serio, pero no tuvo el impacto que vino a tener después.

F.R.: Pienso que también ha ayudado bastante que los estudios *queer* han empezado a tener cierta fuerza en América Latina, así que empiezan a buscar referentes como Pedro Lemebel en Chile, Néstor Perlongher en Argentina-Brasil y Reinaldo Arenas en Cuba; referentes que ayuden expandir lo *queer*, sin que ese anglicismo deje de ser complicado.

A.P.: Sí, pero, por ejemplo, yo he visto cosas que nunca imaginaba. En uno de estos seminarios que les conté de los dos últimos años, veo a un profesor de la Universidade de São Paulo presentar un trabajo sobre crack en el centro de la ciudad. Crack y crimen, es decir, una investigación super seria, y empieza a hablar del libro de Néstor, sobre cómo toda la cuestión de su trabajo con territorio, desterritorialización y la forma de mapear los circuitos y de acompañar a la gente fueron absolutamente centrales. Este hombre habló durante cuarenta minutos y veinte de ellos fue sobre la etnografía de Néstor. Entonces, cuando te hablo de revalorización es esto, cómo está siendo incorporado por gente que no tiene que ver ni con lo *queer* ni con la prostitución, que están viendo los méritos etnográficos de su trabajo. Todo eso es maravilloso.